

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

## EL PURGATORIO.

(Continuacion).

Con razon he llamado al Purgatorio *el lugar del olvido*. Como si no fueran bastante afflictivas las penas que sufren las almas en ese abismo de fuego; como si no fuese bastante dolorosa la privacion de la vista de Dios, tienen que sufrir los desvios de sus deudos, parientes y amigos que olvidan sagradas obligaciones, ó pagan con ingraticudes los beneficios que de ellas recibieron en vida. Nace este olvido deplorable de la falta de fé, y de caridad. Porque no creen en el Purgatorio ó tienen una fé lánguida, ó casi muerta; porque no miran con el ojo limpio de una fé viva las penas y amarguras que sufren las almas de sus hermanos; apenas envian una oracion, ni una li-

mosna, ni un auxilio; y quizá aplazan, ó se niegan á cumplir las últimas voluntades, retardando con tan impío abandono su libertad, y acrecentando con tan horrenda ingratitud sus amargas afflictiones. Cuentan las crónicas antiguas que hubo allá en los primeros siglos de nuestra era una peste nunca vista ni oida de las gentes, y tan misteriosa que desconcertaba á los médicos, y tan maligna que con sus estragos tenia consternadas á las ciudades invadidas.

Y cuéntase que los atacados por esta rara y cruel pestilencia, si lograban salvarse, perdian completamente la memoria hasta el punto de no conservar recuerdo alguno de la vida pasada; desconocian á sus amigos, á sus parientes, á sus padres, como si se hallasen en un mundo nuevo, co-

mo si hubiesen bebido las aguas del Leteo.

En esta situación se encuentran muchos hombres en pleno Cristianismo. La peste que engendra el olvido, la ingratitud, y la crueldad para con las almas del Purgatorio, es el indiferentismo religioso, enemigo destructor de la fé, y de la fraternidad cristiana, espada de dos filos que corta de un solo golpe las relaciones fraternales entre la Iglesia militante y la purgante, los dulcísimos lazos que unen á los seres que se van con los que les sobreviven en este valle de lágrimas y pesadumbres. ¡Cuántos cristianos conocemos inficionados de la peste del olvido! ¡Cuántos hay que han bebido las aguas del Leteo! Penetrad en aquel lugar de expiación, y vereis allí padres de familia, olvidados de sus hijos, quejándose amargamente de sus ingratitudes, y lamentando su doble muerte. Si; dos veces muertos, en su cuerpo y en el corazón de sus hijos. *Oblivioni datud sum tan quam mortuus á corde* (1). Allí vereis amigos olvidados de sus amigos, bienhechores olvidados de sus favorecidos, deudores olvidados de sus deudos, siendo sus quejas una prueba manifiesta

y concluyente de la verdad con que se ha dicho que el Purgatorio es *el lugar del olvido*.

Cuenta la Historia sagrada las aficciones del Patriarca José cuando sus hermanos le arrojaron en la cisterna; pero lo que mas tormento le causaba, era la conducta de sus crueles hermanos que mientras él lloraba inconsolable, y les ¡¡pedia misericordia, comian y bebían, cantaban y se alegraban alrededor de la caverna. *Bibentes vinum in phialis, nihil patiebantur super contritione Joseph* (1). Mayor es la aficción de las benditas almas que gimen en el Purgatorio. Mientras ellas padecen en aquel abismo de tormentos indecibles, sus deudos gozan y se divierten, y pasan como un torrente sin escuchar sus lamentos, ni dolerse de sus males. *Fratres mei præterierunt sicut torrens* (2). Mientras ellas sufren, nosotros reimos; mientras ellas carecen de todo, nosotros devoramos quizá los bienes que nos dejaron; mientras ellas espían sus faltas en aquella tenebrosa mansion, esperando nuestros socorros, nosotros pasamos la vida en espectáculos y diversiones, sin compadecernos de

(1) Psal. 3.

(1) Amos. 6.

(2) Job. 6.

sus dolores, sin enviarles un pensamiento, ni un recuerdo, ni una oracion, ni uno de tantos auxilios como tenemos al alcance de nuestra mano para abreviar sus padecimientos y acelerar el momento de su eterna felicidad.

No son cristianos los que olvidan sus deberes para con las almas de sus difuntos. La caridad no ha muerto sobre la tumba de los muertos. Mas allá del sepulcro extiende su reinado. Nosotros podemos y debemos hacerles misericordias. Tienen derecho á nuestros socorros, y nosotros la indispensable obligacion de enviárselos. Faltaríamos á la ley de la naturaleza, y á la ley de la caridad si olvidásemos á las almas de nuestros padres, amigos y bienhechores.

Vistamos, pues, entrañas de misericordia, y socorramos con largueza á las benditas almas. Nuestro propio interés debe inducirnos á ejercer la misericordia con la Iglesia purgante, porque sabemos que esas almas, agradecidas á nuestras caridades intercederán en el cielo por nosotros á fin de que seamos felices en el tiempo, y logremos acompañarlas en los goces de la eternidad.

Z. M.

## VARIEDADES.

*El humilde Anacoreta*—Un dia consultaba Carlo-Magno á un humilde Anacoreta que habia huido de la Corte al yermo; al verlo tan humilde un Capellan del emperador creyo habérselas con un ignorante y le preguntó:—Sr. Anacoreta, ¿en qué creéis que se ocupa Dios en este momento?—Únicamente sé que ahora poco elevaba á un humilde: es posible que despues humille á un soberbio. — En efecto; al poco tiempo caia el Capellan del caballo y el Anacoreta le asistió con caridad y le salvó de la muerte.

### Las antiparras de mi abuela.

Yo acostumbro á tener unos ensueños muy raros, quiero decir, muy apartados de los sucesos ordinarios: suelen tomar por punto de partida un objeto ó un acontecimiento visto ó sucedido en el dia anterior; objeto ó acontecimiento que nada tiene de particular, ni se distingue absolutamente de los demás que le rodean en el espacio ó en el tiempo; pero llega la noche, ceno si tengo y si no tengo me acuesto sin cenar, y apenas cierro los ojos... ¡paf! ya está allí presente la especie recogida durante el dia, sirviendo como de semilla á todo un mundo fantástico, que nace, crece, se desarrolla y desaparece, tan organizado, tan armónico y tan real, que se confunde con el exterior en que vivimos. Pero de cuantos ensueños he tenido, y cuenta que sueño todas las noches de una manera descomunal, el que me parece mas digno de contaros, por ser el que mas conservo en el almacen de la memoria, es el que tuve

hace muy poco tiempo con motivo de las antiparras de mi abuela.

En un rincón oscuro del desván de mi casa, oculta bajo un montón de trastos viejos, la mayor parte de ellos rotos é inservibles, cubierta de polvo y de telarañas, tiene mi madre una arca de madera de pino, grande, cuadrilonga y oscurecida ya por sus muchos años, en la cual conserva encerradas todas las antiguallas de la familia. Allí se ven gandayas de seda, jubones de gró, pañuelos blancos con lentejuelas de oro, sayas de damasco, zapatos escotados terminados en punta retorcida, levitas, chalecos, calzones y otras prendas de vestir desusadas en la actualidad.

Dicha arca solo se abre en los días de carnestolendas, cuando algún vecino de buen humor y amigo de hacer reír á los demás, viene solicitando trajes antiguos para disfrazarse de lechugino ó transformarse en currutaca.

El último carnaval, allá sobre las tres de la tarde, á la hora en que salía la gente de vísperas, se presentaron en casa el Sr. Pedro el veterinario y el señor Juan el practicante, pidiendo el primero un vestido de señora y otro de caballero el segundo.

Mi madre se quitó la mantilla, que todavía tenía puesta, se cambió las sayas negras de merino, poniéndose unas de indiana, encendió un candil y se encaminó escaleras arriba. Yo, que miro siempre con cierta curiosidad aquellos despojos de la moda, seguí tras ella; y ambos, su merced delante y yo detrás, nos dirigimos hácia el rincón donde tiene su residencia la madre de las arcas.

Le ayudé á quitar de encima del arcon unas devanaderas estropeadas, una máquina de hilar, hecha pedazos, un caldero abollado, cuatro colmenas desculadas y una espuerta de mimbres, llena de tiestos, vidrios rotos y otras mil cosas indefinibles.

Lleno de polvo hasta las pestañas y con el candil en la mano alumbraba á mi madre, la cual, habiendo levantado la tapa del arca, quitó la funda de percal amarillo que cubría la ropa y comenzó á sacar las prendas que le pedían. Yo entretanto, con la mano que me quedaba libre me entretenía en rebuscar los rincones del arcon, donde encontré un hermoso rosario de marfil labrado, con cadena y cruz de plata, una cajita de rapé incrustada de nácar y unas antiparras con grandes cristales redondos, sostenidos por una fuerte armazón de metal amarillo. Tomé los anteojos, los restregue contra la ropa, los monté sobre mi nariz y ví con satisfacción que no distinguía nada con ellos, lo cual, según he oído decir, es señal de tener buena la vista.

Esas gafas son las de tu abuela, ten cuidado no las rompas—dijo mi madre mientras arreglaba la ropa que había removido.—Aun me parece,—añadió, que la veo hacer media, sentada en el sillón.—Y sin decir una palabra me las quité con cierto respeto, las volví á meter en su caja abizeochada de latón, dejándolas en el mismo sitio donde les había encontrado.

Cerró mi madre el arca, volvimos á colocar sobre ella los mil trastos viejos que la cubrían, bajamos á la cocina y el

Sr. Pedro y el Sr. Juan, tomaron los trajes de máscaras y se marcharon mas contentos que unas campanillas.

Refiero minuciosamente todos estos pormenores para que veáis que entre todos ellos no hay ninguno que llame la atención mas que los otros.

Pero ¡hijos! llegó la noche, por la señal de la santa Cruz, me metí en la cama y apenas había cerrado los ojos... ¡¡paf...!! Unas antiparras, colosales, inmensas, que llenaban de derecha á izquierda y de arriba á abajo el fondo oscuro de las tinieblas, de la misma figura y conformidad que las de mi abuela, aparecen brillantes y transparentes en el horizonte de mi sueño: gafas sueltas, sin nariz donde apoyarse, ni cordón de que pender, solas, aisladas, como dos agujeros redondos y gigantescos abiertos en la noche que me envolvía.

Poco á poco las gafas fueron disminuyendo, hasta quedar reducidas á las dimensiones ordinarias, las sombras se fueron disipando, una débil claridad entre azulada y cenicienta como la que precede al día en los días de niebla bañaba de una manera confusa los objetos y al través como de un vapor pude distinguir que me encontraba en un hermosísimo jardín.

Allá á lo lejos se descubría un gran portalón con un letrero en la parte superior que decía «Puertas de la vida.»

Junto á las mismas, apoyado el cuerpo contra el tronco de un árbol que parecía manzano, en actitud indolente, enroscada la pierna izquierda con la derecha, con mirada torva y sonrisa maligna, había un sér de figura extraña, envuelto en

una larga túnica, que mas que túnica parecía lengua de fuego: llevaba en la mano izquierda una caja cerrada y en la derecha las antiparras, alrededor de las cuales se desenvolvía todo el cuadro que á grandes pinceladas os acabo de diseñar.

A los pocos momentos apareció un hombrecillo en las puertas de la vida: la vista del jardín lo dejó pasmado: dirigió primero la vista hácia un lado y después hácia otro; luego se introdujo con paso lento mirando por todas partes; y al pasar por debajo del que parecía manzano, el génio del mal le dejó caer suavemente sobre la nariz las susodichas antiparras: nuestro hombrecillo continuó su camino, dando al poco rato saltos de alegría.

A los pocos momentos apareció otro hombre, y luego otro y otro y otros mil; y á cada uno iba calando sus antiparras el espíritu de la mentira. No había transcurrido media hora cuando el jardín se hallaba repleto de gente, cada uno con sus correspondientes anteojos.

Y era de ver allí al uno con los ojos verdes, al otro azules, á éste amarillos, á aquel de color rosa; porque habeis de saber que tan pronto como las gafas se ponían en contacto con la nariz, sus cristales, transparentes en un principio tomaban distinto color en cada uno, y se pegaban á la piel de tal manera, que formando cuerpo con los ojos, parecía que se habían vuelto de carne.

Al principio todos estaban silenciosos y ordenados; pero á medida que se iban fijando en los objetos que á su alrededor en abundancia tenían y se comunicaban

entre sí lo que cada uno sentia y pensaba, se armó un bullicio y un desorden tales, que mas que jardín poblado por hombres racionales, parecia inculto bosque habitado por hambrientas alimañas.

Se paraban dos junto á un peral.

—Qué naranjo tan lindo,—decia el uno.

—¡Chico, calla, si es un ciruelo!

Y sobre si era naranjo ó si era ciruelo se armaba camorra.

Llegaba un tercero, se enteraba del motivo de la discordia y se alejaba riendo y exclamando:

—¿Habrás visto animales como estos? ¡no ver que es un ciprés!

Paseaban otros dos junto á un bancal de tomateras.

—¡Hermosos melones!—exclamaba el uno.

—Tú si que eres melon, replicaba el otro, no ves que son espinacas.

Y sobre si eran melones ó si eran espinacas se agarraban de las greñas.

Lo oia un tercero y alejándose haciendo aspavientos decia:

—¡Pobres locos! ¡disputar sobre una cosa tan clara! en mi vida he visto mejores alcahoferas.

En una palabra; allí no se podía vivir; aquello era la antesala del infierno.

Algunos bien intencionados, sospechando que en la vista debia existir engaño, con el laudable fin de poner paz entre sus convecinos se convinieron en formar una especie de tribunal, academia ó como le querais llamar, compuesto de aquellos que por su conducta y porte parecia mas cuerdos y menos pendencieros, los cuales juzgasen y fallasen

sobre las mil contiendas que á todas horas se suscitaban.

La primera cuestion que se presentó fué la siguiente:

Gritando como unas descosidas aparecieron dos mujeres con un canasto de patatas.

La una aseguraba que eran castañas.

La otra defendia que eran huevos.

El tribunal, academia ó como le querais llamar oyó á las contendientes, analizó los objetos, meditó un mes el asunto, y por fin falló por mayoria de uno que eran limones.

De siete individuos que formaban el tribunal, academia ó como le querais llamar, habia cuatro que tenian las antiparras amarillas.

Aquello era un infierno: todos pretendian tener razon y efectivamente todos la tenian: porque, ¿qué persona razonable es capaz de confesar así lo maten, si no es un pillastre, que lo negro es blanco y lo blanco azul?

Yo estaba con pena temiéndome una catástrofe universal; y quién sabe lo que hubiera sucedido si un viejecito, casi desnudo, flaco, macilento, con sonrisa dulce y unos ojos mas limpios que el mismo cristal, el cual debió colarse por algun punto diferente de los que se dirigian por debajo del manzano, decidido, sin duda, no se hubiera aproximado á unos pobres pescadores que se hallaban disputando sobre si eran barbos ó eran truchas unas anguilas que habian cogido con la red, diciéndoles.

—Venid conmigo que yo os enseñaré la verdad. Sin titubear, como si hubieran soltado un resorte, dichos pescado-

res, siguieron al viejecito. juntamente con unos cuantos curiosos que habían oído lo que les había dicho: y andando, andando por entre zarzales y espinas llegaron á un riachuelo que manaba de entre unos olivos: entonces el viejecito les dijo.

—Lavaos los ojos en esas aguas y veáis con claridad.

Dicho y hecho: comenzaron á lavarse los ojos y por cierto que las tales aguas debían ser algo fuertes porque hacían derramar abundantes lágrimas; y desde aquel instante todos y cada uno vieron las cosas tales cuales eran.

Entusiasmados volaron á enseñar la buena nueva á todos sus compañeros los habitantes del jardín: unos los creyeron y acudieron al riachuelo de la verdad, como desde entonces le llamaron; otros los despreciaron y los trataron de locos; y la mayor parte continuaron disputando y dándose coscorrónes.

Al llegar á este punto desperté de mi sueño: lo primero que hice fué llevarme las manos á los ojos y exclamar ¡Dios mío! ¿cuál será el color de mis antiparras?

Encendí luego la luz, tomé un librito pequeño que jamás se separa de la cabeceira de mi cama y abriéndolo leí en la primera página:—El que me sigue no anda en tinieblas.—Palabras que resonaron dulcissimamente en mi corazón disipando el mal estar producido por el ensueño de las antiparras de mi abuela.

Vicente.

— — —  
LUIA.

—  
Bajo la cruz que se alza en el más

apartado rincón del Cementerio reposa Luisa: gime el viento cuando por allí pasa en las frías noches de Diciembre. Al declinar la tarde el sol envía un rayo moribundo á aquella tumba: el astro de la noche la ilumina con luz melancólica. Y el viento que solloza entre las secas ramas de los árboles, los rumores vagos de lo noche, el sol que muere y la luna dulce amiga de los tristes, forman un himno en honor de Luisa..... ¡Homenaje único que recibe sobre la tierra!

Relámpago fué su vida, por lo fugaz y porque se agitó en el seno de las tormentas. Ah! ¿quién recuerda aquella frente grande y noble como las ideas que tras ellas bullían, rodeada de cabellos negros y numerosos cual los dolores que cercaban el corazón de la pobre joven? ¿Quién se fijó en la expresión sin igual de su mirada? El candor, la modestia y la dulzura andaban siempre en lucha por retratarse primero en aquel rostro tan franco que nada podía ocultar....

¡Pobre Luisa! Huérfana, sola, desvalida, contemplo el desmoronamiento de su familia, familia ilustre de la que ni memoria casi quedaba. *Sic transit*: nada hay aquí eterno: los individuos mueren, las familias se acaban, los imperios se arruinan.

En el juego agotó el padre de Luisa riquezas heredadas de sus ascendientes, y en la vanidad, sumas que le prestaron con usura. Por él alzaba su hija despreciada y pobre, fervientes plegarias.

¿Conocéis las secretas inquietudes de las almas? Mirad: delicadeza, honor, aspiraciones levantadas combatiendo den-

tro de Luisa con la miseria, los sofismas engañosos y los halagos del vicio. Y en lo mas profundo del pecho angustias y penas que no encontrando donde reflejarse en vano pugnan por salir al exterior. . . . .

Imponente es una tempestad en alta mar, pero las tempestades mas terribles son las del corazon cuando estallan dentro del alma.

¡Ay de Luisa sin los consuelos de la Fé! ¡Cuántas veces en el sombrío ángulo de una capilla, arrodillada ante el altar iluminado solo por la oscilante luz de la lámpara, encontró consuelo á sus pesares!

Así pasó algunos años, pero poco á poco tornáronse mas pálidas sus mejillas, mas apagada su mirada, mas melancólico su acento. . . . .

Cierta tarde en la ciudad donde María puso su planta virginal, las campanas de Santa Engracia doblaban á muerto. Fúnebre y modesta comitiva cruzaba las calles de la ciudad llenas de gente bulliciosa y alegre: en el cielo no mas viéronse señales de luto: densos nubarrones ocultaron el sol: húmedo y frio el ambiente semejóbase al de una tumba.

Ante las ruinas del antiguo monasterio de las Santas Masas, depositaron el féretro: la Iglesia, madre cariñosa que recibe á sus hijos cuando nacen y ni aun despues de muertos los olvida, dejó oír su voz y sus ruegos á la vista de aquel rígido cadáver. El canto lúgubre de los sacerdotes resonó en las catacumbas zaragozanas! ¡Misteriosa armonía! Junto á los sepulcros de mártires desconocidos rezábase por Luisa tambien desconocida

y tambien mártir. «Podrás ser mártir sin derramamiento de sangre si ejercitas de veras la paciencia cuando se te ofrezca la ocasion» ha dicho San Bernardo.

Despues... la Cruz del Cementerio fué testigo de este hecho: un médico jóven é incrédulo llegó acompañando el cadáver de un cliente suyo que murió víctima de sus vicios y sin querer reconciliarse con la Iglesia: combatióla en vida con oposicion sistemática, enriquecióse aprisionando al pobre, engañando al pueblo: espiró con la brutal blasfemia en los labios; se le habia de dar sepultura en el inmediato Cementerio Civil.

El médico entró despues, por casualidad en el Cementerio Católico. Providencial fué que se fijara en la tumba de Luisa y providencial que allí encontrase á la única persona que conocia la historia de la desgraciada huérfana. Oyóla con curiosidad el Doctor incrédulo: midió el abismo que separaba aquella criatura angelical del infeliz réprobo á quien vino acompañando y se preguntó ¿Es posible que nada haya tras la tumba para las heroínas de la virtud despreciadas por el mundo, para los que al vicio y el fraude debieron su encumbramiento?

Una voz clara, distinta, la voz de Dios que pronunciaba el *fiat* en medio del caos de su conciencia, le contestó en el acto: ¿Con este vacio queda satisfecha el hambre y sed de justicia que siente tu corazon?

El médico lloró y creyó.

Luisa hizo el bien aun convertida en cenizas.

C.